

DIRECTORA

Cindy P. Herrera Estrada

EDITORA

L. Michell Arzuza

CONSEJO EDITORIAL

Damáris Núñez Tovar
Nahomy Castro Castro
Pavel Ruiz Martínez
Deiver Andrés Juez
Angie De Ávila Polo

ASESORÍA EDITORIAL

Fredy Ávila
Emiro Santos

COLABORADORES

Guillermo Palomino
Estefanía Ramírez
Fabián Fernández
Enoc Rodelo
Rosemary Macía
Eduardo Avendaño
Julio César Márquez
Nabely Figueroa Lee
Alba Zúñiga
Nahum Villamil Garcés
Tatiana Ocampo
Minerva Dedalux

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Camila Ahumada Palomino

PORTADA

Jheny Ariza

IMPRESIÓN

Alpha Editores

ESTA PUBLICACIÓN CONTÓ CON LA COLABORACIÓN DE:

Silvia Valero
Efraim Medina Reyes
Johanna Lamadrid
Yajaira Mendoza
David Lara Ramos

Agradecimiento especial a todos los estudiantes del programa de Lingüística y Literatura.

DIRECCIÓN

Tel.: 6641411 - Cel.: 3145083821 - 3007687066
Correo electrónico: rev.espejo@gmail.com

Espejo, Revista de los estudiantes del Programa de Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena, es una publicación dirigida a la comunidad académica y en general. Las opiniones aquí expresadas son responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente la ideología de esta Revista, ni de las instituciones a las que están vinculadas. Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos sin autorización expresa del Consejo Editorial.

Contenido

2

NOCTÁMBULOS.
Huésped de las plazas
Por: Equipo editorial

6

LA PUPILA INCESANTE:
“PALABRA ESCÉPTICA DE SÍ MISMA”
Por: Guillermo Palomino

9

ESCRIBIR ES UNA CUESTIÓN DE
RITMO (Entrevista)
Revista *Espejo*

13

NOCTÁMBULOS
El monaguillo: las imágenes de una muerte
Por: Equipo editorial

15

EL ORDEN SOCIAL EN LOS RÍOS
PROFUNDOS: UNA MIRADA
ANTROPOLÓGICA
Por: Estefanía Ramírez Ceballos

20

CREACIÓN: Poemas y cuentos

29

FORMAS DE LO REAL COMO RED DE
RELACIONES (Propuesta visual)
Por: Nabely Figueroa Lee

32

NOCTÁMBULOS
La Jam Sesión: fusión de jueves por la noche
Por: Equipo editorial

34

RAZA Y GÉNERO: DISCRIMINACIÓN
Y ESTEREOTIPOS
Por: Alba Zúñiga

40

LA INESTABILIDAD DE LOS CIMIENTOS
Por: Nahum Villamil

44

FRAGMENTOS NOCTURNOS

48

NOTA GRAMATICAL
Por: Ana María Herrera Díaz

49

LA ESCUELA DE ESPAÑOL
Por: Minerva Dedalux

52

VOZ DE PROTESTA
Por: Equipo *Espejo*

Revista **Espejo**

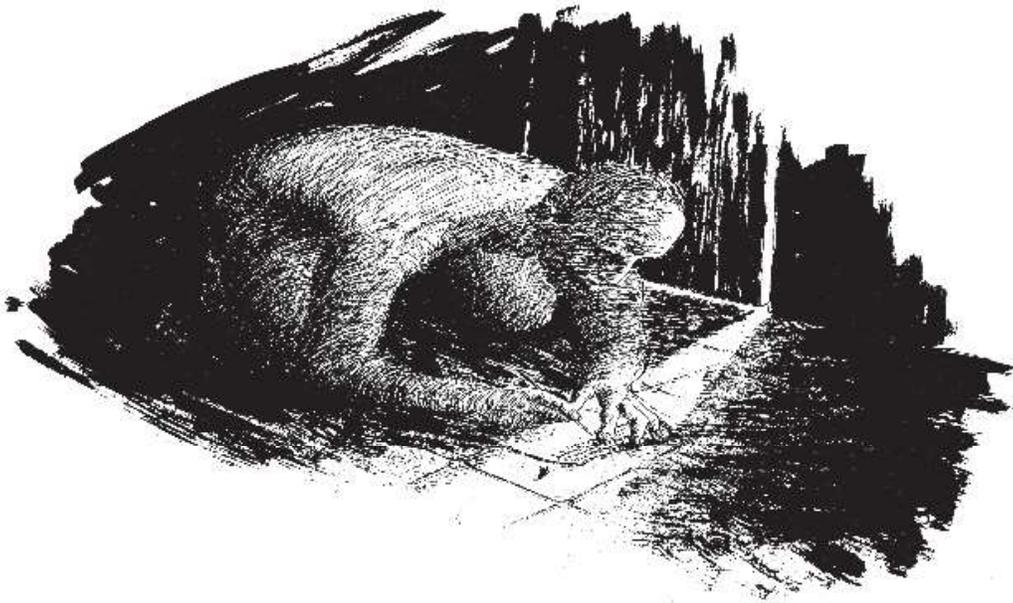
La escritura nace de la necesidad de quien alguna vez calló algo. Mediante el ejercicio creativo, el escritor nos cuenta más de lo que puede decir, tanto del mundo como de sí mismo. En este sentido, la lectura es el único medio que, aun carente del roce directo, nos permite un encuentro de piel, voz y razón, con el que se crea desde las sombras y el silencio nocturno. Esta nueva edición es la excusa para propiciar los encuentros fortuitos y afortunados entre el lector y un reflejo formado por el rostro de quien colaboró con textos, imágenes y promesas de paz, para seguir proclamando que *Espejo* es necio y no calla.

¿Sentirá el lector al abrir estas páginas aquellas pisadas del caminante nocturno que prefirió delegar su sombra a las estrellas, a la otra luna y no al sol? ¿Una sacudida de silencio y vaho? ¿El sonar frenético de un murmullo y un tambor en medio de una plaza a media luz? ¿Sentirá al otro desde sus letras sombreadas y culpará a *Espejo*? Las preguntas frecuentes se ciernen ahora sobre lo que sentirá el otro. Cada respuesta es la hazaña ciega de unos ojos que apenas se acostumbran a la ausencia de luz. La intención es ofrendar más miradas y tactos, y lo que aún no hemos vivido y andado desde la carne, pero si desde otra voz escrita, una que se vuelva refugio del silencio.

Esta edición es la mayor ofrenda a los pasos y las letras de todos aquellos que hicieron posible cada página escrita, amada, sudada y andada. Gracias a los editores por su recorrido nocturno que tenía solamente la intención despreocupada de contarnos noches y sueños. A los autores, por posibilitarnos el encuentro con sus formas de andar, ver y sentir el mundo. A los profesores y a cada estudiante del programa de Lingüística y Literatura, por su colaboración y apoyo, por nunca olvidar que esta revista viene y va desde y al corazón de cada uno de nosotros. Esperamos que cada encuentro con los textos se disfrute con la misma intensidad con la que se escribieron, editaron e ilustraron. Nos despedimos ahora con la esperanza de que todo se repita cada vez que sus ojos se concentren y el alma propia tenga la intención de sentir y abrazar la ajena a través de la palabra.

Dos recomendaciones:

1. Si delira con el silencio, busque su hora más cómoda de la madrugada para leer este ejemplar.
- 2- Si tiene una mecedora, guárdela a la hora de leerse. 





Noctámbulos

// Equipo editorial *Espejo*

***Noche 1: Huésped de las plazas

Nadie fabrica la noche. Ella se sienta sola a esperar su propia alborada. Se llena a sí misma en su recorrido viéndose por primera vez desde afuera; se asombra. Plazas llenas de muchos, de tantos diferentes que al juntarse parecen los mismos. ¿Qué buscan aquí? Mundos pequeños como ellos, tan diminutos entre la muchedumbre y tan ansiosos como hombres. Algunos salen a recrearse un rato. No hay donde más ir. Otros llegan al mismo lugar, una y otra vez, como una rutina inamovible, como un mal amor, uno masoquista. Son los contrastes de los lugares distantes, fragmentados, esparcidos, bajo la misma luna, una aquí y otra allá. No somos de este lugar y las gentes no son las mismas, pero las luces se parecen.



**(Exterior/ 9:30 p.m./ sábado/
Plaza principal de Arjona – Bolívar)**

// Dámaris Núñez

Estudiante de Lingüística y Literatura
Universidad de Cartagena

Las personas comienzan a salir de sus casas desde las 5:00 p.m. aunque luego sean las mismas que más temprano se marchan. Van, echan una ojeada, tal vez comen un helado genérico, y con el mismo son se regresan. Los que salen a las 6:00 puede que se queden un poco más; los que lo hacen a las 7:00, como yo, nos quedaremos hasta que el frío nos eche. El frío de los pueblos es completamente distinto al de las ciudades. Tiende a ser más oscuro, llega a susurrarte cosas. Y a veces te obliga a que te vayas. A las 7:30 las personas ya se han ubicado donde puedan comer y mirar de lejos, tranquilas. El golpeteo constante de las máquinas caseras de helados, que están a quince metros la una de la otra, te aterrizan al tiempo real. La plaza no es muy grande: las personas pueden dar diez vueltas y seguir encontrándose con las mismas caras de hace un rato. Chocan contigo, te ven y aun así actúan como si no te reconociesen. Pero si pasas muchas veces por allí, a lo mejor quienes sigan sentados en las bancas frente a la iglesia, comenzarán a susurrar que te han dejado plantado. Porque aquí todos te ven.

Puede que a las 8:00 p.m. hayas dado las suficientes vueltas como para memorizar el rostro de una cantidad importante de personas. Incluso sabes lo que hacen, con quiénes están. Puedes intuir si salieron o no para encontrarse con alguien (que no es una situación difícil de reconocer, pues siempre llevan sus mejores ropas); si pasean para descansar la vista de la tediosa cotidianidad hogareña; o si sólo van por un helado. También hay algodón de azúcar. Muy bueno. Como si con cada mordida las hilachas se juntaran y se volvieran sólidas. Así tendrás emoción por sentir que algo tan dulce no se te escapa de la boca. El algodón de azúcar y el helado de máquinas estrepitosas son la plenitud de la noche. Todos comienzan a irse sin ser aún las diez. Los padres recogen a los niños de un parque que se cae lentamente a pedazos. Los viejos se levantan antes de dormirse en las bancas. Las señoras se despiden. Los negocios cierran. Todos se devuelven a sus casas por las calles oscuras, mientras en el suelo sólo quedan los residuos como prueba de que estuvieron ahí.

No es mucho lo que puede verse a las 10:00. Las parejas que salen a besarse frente a las bancas de la iglesia, los chicos que anduvieron toda la noche dando vueltas alrededor del parque y decidieron sentarse a tomar algún licor barato en las esquinas donde suelen orinarse “los loquitos”. Uno que otro policía



anda por ahí. Y también quienes no esperamos nada. Te pasa el humo de algún cigarrillo que viene desde muy atrás, y entonces vuelves en ti. El reloj de la iglesia sigue marcando las cuatro menos cinco. Como cuando llegaste hace cuatro horas. No hay ruido. Hay risas bajas. El estruendo de los equipos de sonido va apagándose. El carraspeo de conversaciones en paralelo y el susurro que arrastran las hojas secas en el pavimento. No hay nada por hacer. La noche ha acabado. Para algunos. Para otros comienza la paz de estar libre de represalias del ojo familiar. Ni ellos saben cuándo han de irse. La soledad del parque los irá echando uno a uno, hasta que deban regresar en completa oscuridad hasta la puerta de su hogar.

(Exterior/ 7:30 p.m. /Plaza de la Trinidad/ Getsemaní -Cartagena)

// Nahomy Castro

Estudiante de Lingüística y Literatura,
Univerisdad de Cartagena

Algunos minutos después de llegar, y mientras trataba de acomodarme, escuché una frase muy cerca de mí. Se refería a La Trinidad como el “epicentro de la perdición”.

Un lugar nada recomendado. Es probable – pensé– que haya drogas, alcohol, mucho alcohol y mujeres de la “vida fácil”. No pude evitar buscar eso en la plaza una vez terminé de acomodarme.

El reloj marca las 7:40 p.m. y ya hay una gran cantidad de personas pululando en la plaza. Casi la mitad son turistas. Cada quien en lo suyo. Gente sentada en las mesas de los locales de comida rápida que están al tope, frente a los carritos de comida, en las bancas o en el piso amplio de la iglesia de La Trinidad. La mayoría tiene un vaso o una botella de alcohol en la mano. Algunos los tratan de disimular con una bolsita evidente de papel que dan en la tienda. Universitarios, turistas y habitantes de la calle. Todos juntos. Los últimos piden dinero a extranjeros que cuando se descuidan pierden su comida o la cerveza.

Hay dos mujeres sentadas en el piso de la iglesia. Una de ellas, por su acento, revela su origen venezolano. Tratan de seducir a los extranjeros ubicados a no más de un metro de ellas. Bailan al ritmo de un parlante ubicado en el centro de la plaza. Los turistas están tan fascinados con el movimiento de sus caderas que uno de ellos no duda en unirse al baile, aunque momentáneamente. Al sentarse nuevamente las dos mujeres se miran y sonríen como si fuese el primer paso para llegar a algo.

En el centro de la plaza se ubica un grupo de mujeres para hacer aeróbicos guiado por dos instructores. Uno que otro turista se une al grupo para sacudirse un poco. Hay niños pequeños que tratan muy tierna y graciosamente de seguir los pasos. A un lado de la plaza, se encuentra un trampolín para niños. Desde allí se escuchan las risas con cada brinco. Un niño sentado a la mesa redonda con un grupo de extranjeros, charlando como quien es grande, jugando a pesar de la barrera del idioma. Ellos le enseñan cómo usar un *spinner* y luego chocan las manos cuando por fin el niño ha aprendido.

La noche se va adentrando. Las personas permanecen e incluso la plaza está mucho más llena que a la hora de mi llegada. Es como si entre más oscura se hace la noche, más vinieran. Es tarde. Muy pocos se levantan para dirigirse a sus casas.

MANIFIESTO *ESPEJO*

Este *Espejo* está comenzando a reconocer sus propios espacios. Este es un deber palpitante. La observación y la escritura de los lugares, sucesos, personas y personajes nocturnos nos están preguntando por el compromiso de la Universidad con la gente. Las plazas están siendo reemplazadas por los centros comerciales. La vida social y la humanidad se reducen a los amigos en las redes, a las imágenes con cintas de luto y los filtros de banderas de “solidaridad”. Las dinámicas de la vida parecen quedarse en la hipocresía de las “tendencias”. No es salir a la calle para jugar a ser exploradores. Es reconocer para quién trabajamos, para qué estudiamos, por qué reflexionamos sobre el arte. Si nuestra letra es la herramienta, es momento de comenzar a crear discursos reales donde el hombre se sienta abrazado por la libertad del pensamiento, más allá de propagandas y estereotipos. La reconciliación debe representar lo que es fuera de las publicidades políticas. La creación de la palabra no debe caducar. La música debe volver a tocarse desde la entraña de la noche y el lenguaje debe volver a ser realidad tangible. **E**

